



Soy lector de Onetti, pensaba decirle, explíqueme qué quiere de mí. Porque así era como me sentía: clavado por Larsen y Petrus, sin derecho siquiera a creer en la desgracia de *El astillero*. En vez de ir y decírselo, me dediqué a releerlo en uno de los pocos libros que conservaba de la última mudanza.

Cuentos completos

J.G. Onetti
Alianza, Madrid

Maldito viejo

A sí se llamaba el artículo sobre Onetti que, al igual que ahora, me torto perseguir hace ya mucho para la revista *Nósmos*. *Quelmaño*, una publicación de dos números y mucha honra que circuló por Santiago de la mano del poeta Miguel Vucela a principios de esta década. Con Miguel nos hablamos amorido en Barcelona el año 82 y recordo sobre todo a su novia de entonces, Raül, que no era chilena y que a mí me pareció de talento más bien judío por sus ojos claros y no sólo por el nombre. Esos años, los de comienzos de los 80, eran raros. Nos justificamos cada tanto con Vucela y Raül en el piso de una amiga fotógrafa y dedicábamos buena parte del tiempo a fumar y a leer. Vucela a Nietzsche, sobre quien él amaba todo o casi todo, y yo a Onetti, entonces centro de un flujo de homenajes con motivo del Premio Cervantes 1980. Incluso en una ocasión se apareció por Barcelona y respondió con pausa y paciencia las preguntas de los periodistas, mientras no dejaba de pedir un whisky tras otro. La sesión fue televisada posteriormente y no sé si en la cámara a la que alude Antonio Muñoz Molina en el prólogo a la edición de estos *Cuentos completos*, aunque por las fechas se diría que no. La edición que conserva Muñoz Molina es de 1975, cuando Onetti recién aterrizaba en Madrid trayendo el doble cuello de Montecarlo y Buenos Aires, mientras que esta otra era de cuando ya le habían otorgado el Cervantes.

El hombre se agachaba entonces para un largo encierro en la avenida América, y mi más secreta inspiración era trasladarme a Madrid y golpear la puerta de su casa con intenciones scandalopidísticas que de modo unilateral el poder exiti al fin. Soy lector de Onetti, pensaba decirle, explíqueme qué quiere de mí. Porque así era como me sentía: clavado por Larsen y Petrus, sin derecho siquiera a creer en la desgracia de *El astillero*. En vez de ir y decírselo, me dediqué a releerlo en uno de los pocos libros que conservaba de la última mudanza. Era un ejemplar de sus *Cuentos completos* editados en 1976 por Corripio, con un prólogo sobre y más bien informativo de Jorge Rulinski. Volé a aborrecerme con "Jacob y el otro", con "Blasencio Rob" y con "La casa en la arena", donde Díaz Grey se queda sueno y secretamente ("Cuando Díaz Grey aceptó con indiferencia haber quedado solo, inició el juego de reconocerse en el único recuerdo que quiso permanecer en él, cambiante, ya sin forma"). Grey, y admito también, haber borrado con el narrador de *Los bríos como ella* ("En cuanto al narrador sólo está autorizado a intentar cálculos en el terreno

Latus, y su conclusión era que sí y que no, es decir que no cabía otra actitud ante la literatura que aquella, y a la vez que ésta debía abrirse paso en el mundo editorial con las herramientas de la disciplina narrativa).

De manera más directa y simple, el propio Onetti lo dejó claro en uno de sus muchos artículos de opinión: "Tal vez nos convirtamos en sirvientes de la cibernética —señaló—. Pero sentimos que siempre sobrevivirá en algún lugar de la tierra un hombre destituido que dedique más horas al ensueño que al sueño o al trabajo, y que no tenga otro remedio para no pensar como ser humano que el de inventar y contar historias".

Puede que sea esta disposición límite, terminal y no cotidiana, la que explique el carácter del narrador onettiano: reservado y ambivalente por excelencia, a la vez que exigido a contar en ráfagas y radicalmente el destino de sus personajes. Hay mundo, hecho de paciencia y desvelo, sólo adonde heles inconducibles o enemigos jurados, muy pocas veces términos medios. Entre los segundos, los distractores, los hay de todas las clases: desde el escritor costumbrista —según el justo apelativo de Rafael Ocaso— que da por descontado su propio ingreso y desahoga formal, hasta el lector que abre un libro como si escuchara la radio y esperara un aria pública para llenar el oído.

Para los fieles, en cambio, se trata de una exigencia de lectura que proclama su autonomía en los territorios de la penosa y la pérdida del tiempo, sellado por la vagancia y la disolución de los procedimientos comunes del lector busca recompensas. En su prólogo a los *Cuentos completos*, Muñoz Molina lo dice: "Leer a Onetti no es difícil, según dice una superstición idiota: tan sólo exige lo que debería exigir siempre la lectura, una atención incansable, un enmudecimiento que cancele cualquier otro acto, que suprima el mundo exterior. La mejor o la única manera de leerlo es achado en la cama, con mucho tiempo por delante, con una absoluta predisposición de soledad y penosa".

Nada más complicado, quizá, para nuestro agitado mercado-tecnia cotidiana. Aun así, hay que decir que Onetti es ardido de leer no porque experimente literalmente, sino porque hace de sus frases y largos párrafos una experiencia del tiempo, el tiempo perdido y preso de la literatura que somos nosotros mismos a través de sus ficciones.

Puesto a comparar con el desentendido ejemplar que me ha acompañado desde el 78 como único sobreviviente de tantas guerras perdidas, la edición de estos *Cuentos completos* tiene la virtud

Maldito viejo [artículo] Roberto Brodsky.

Libros y documentos

AUTORÍA

Brodsky, Roberto, 1957-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Maldito viejo [artículo] Roberto Brodsky. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile